

¿En qué momento como humanidad, se nos ocurrió posible el pensar que una vida vale más que otra? Seguramente esta pregunta tenga infinidad de respuestas y tangentes filosóficas, éticas, morales posibles. Pero el foco lo pondré por lo que aquí nos convoca.

La mirada que se tiene sobre las vejeces ha ido cambiando a lo largo de la historia conforme a la configuración de las sociedades, sus estructuras, funciones e intereses.

Se podría decir que desde que se han desarrollado las sociedades industriales, el grupo social de personas mayores, ha pasado a ocupar un lugar cada vez más invisibilizado y hostigado por el condicionamiento de los estereotipos negativos que le otorgan otros grupos sociales, incluso a veces, las mismas personas mayores. El peso que adquiere la representación social sobre algún fenómeno es por demás determinante. Tal es el caso de las personas mayores, fuertemente influenciadas tanto por los estereotipos negativos y también los positivos. Hay un implícito pensamiento social muy desarrollado acerca de percibir la vejez como un espacio fuera de la propia vida. Y es justamente ahí donde debemos invertir la ecuación. La vejez es una etapa más del ciclo de la vida, y como tal, debe ser respetada y valorada con sus propios derechos y posibilidades de vivirla de la mejor manera posible. Son muchos los factores que influyen en la forma en la que decidimos y podemos envejecer; económicos, psicosociales, ambientales, la propia historia de vida, etc. Aún así y todo, es tan importante forjar este nuevo paradigma que nos atraviesa tangencialmente a todas las personas. La importancia vital de conocer, de hacerse preguntas, de ver y reconocer cómo reproducimos viejismos hacia las personas mayores, como si se tratara de un grupo social que ya no tiene valor. Esa parte de la vida nos llega y corresponde a todas las personas. Es por eso que además de ocuparnos de trabajar en las condiciones de vida de las personas mayores de hoy, es desde ahí también que debemos partir para repensar nuestro presente, y “preparar” de la mejor manera posible, nuestro envejecer. Empezando por considerar que el envejecimiento comienza desde el día en que nacemos.

Tengo 34 años, no, correspondo al grupo social del cual estoy hablando. Pero pensar en la vejez me resulta un acto revolucionario en contra del tiempo. El tiempo lineal, ese que nos enseñan y que compramos, con un inicio, un desarrollo, un auge, y luego el declive y el fin. En cierto modo, desde el punto de vista del ciclo vital y biológico, las personas fanáticas de lo exacto y nada más, podrían defenderlo. Pero

revolucionario, ¿por qué? Revolucionario en contra del individualismo, poder pensar las vejez no como algo lejano y apartado, si no como algo inherente a la humanidad, como algo que nos va a tocar vivir, como algo inminente. Por eso pensar las vejez me resulta revolucionario y generoso para el presente que estemos viviendo. Re pensar la vejez me hizo y me hace rever mis decisiones diarias, mis hábitos, mis vínculos, mis “problemas”, mis formas de estar, de cuidarme, de decidir, etc. Romper con la imagen de “los viejitos tiernos” y ya, o la cantidad de estereotipos que no hace más que encasillar a las personas mayores en un lugar plagado de mandatos y de deberes. Así como también los hay en cada parte del ciclo de vida, formar la familia, tener el trabajo, la casa el perro, sentar cabeza, que no se te pase el tren, que no sea tarde, que ya no tenemos edad para esto o aquello, vanagloriando únicamente la adultez como etapa productiva para proyectar y proyectarse. Ya sé, no estoy diciendo nada nuevo pero, son tan fuertes los muros tallados a lo largo de la historia, que se necesita fuerza, convicción y muchas voces que lleguen lejos para empezar a percibirnos de nuevas formas.

¿Alguna vez se preguntaron cómo les gustaría vivir su vejez? o ¿cómo se imaginan siendo viejos/as? No intento hacer una apología positivista de que envejecer es hermoso, porque dudo mucho que así sea. Pero sí pretendo cuestionar y rever nuestros días, y a nuestro alrededor. ¿Estamos haciendo algo para “llegar” como quisiéramos a nuestra vejez?

Parecería que implícitamente se vive la idea de que un día nos levantamos y ya tenemos 80/90. Pero no, todo esto se va tejiendo, con los más y los menos, día a día. Tampoco se trata de estar cien por cien del tiempo pensando y analizando cada cosa que se hace. Se trata de algo más simple y más complejo. Pensar la vejez no es algo lejano, es pensarnos HOY.

Resulta vital propiciar espacios de intercambio y de investigación acerca de estos asuntos que convocan a toda la humanidad. Desde ya, destacar todos los avances que han habido, pero sin perder el foco de todo lo que aún queda por hacer y derribar para poder imaginar y habitar sociedades más justas.

Me especializo en teatro y trabajo constantemente con, desde y a través del cuerpo y el movimiento. Me resultó sumamente revelador articular el propio registro del cuerpo con los procesos de envejecimiento, sea cual sea la etapa de la vida que se transite. Pensarnos y re pensar nuestra corporalidad y sus posibilidades, resulta un acto fortalecedor y una gran herramienta para desarrollar de afuera hacia adentro y viceversa. Conforme seamos conscientes de nuestro estado psicofísico emocional, mejor aún podremos transitar los cambios que vamos viviendo con el paso del tiempo. No es fácil ir en contra de lo que nos indican que es “lo correcto”.

Profesora Antonella Placenti – Amante defensora de los derechos de las vejez.

Vivimos una constante invasión de imágenes e ideas que adoran la juventud y más nos alejan y generan rechazo sobre la vejez. Aún cuando ésta etapa puede tratarse de más de 30 años de nuestra vida. El registro y la escucha que tengamos sobre nuestro cuerpo, nuestras posibilidades, nuestras limitaciones, nuestra sensorialidad, nuestras formas de deseo y de placer, nuestros sentidos, nuestra sexualidad, todo lo que abarque la percepción propia y ajena y del entorno, todo eso inabarcable en su totalidad, va a favorecer la conciencia de cómo vivimos y cómo podemos vivir mejor. Nadie dice que éste sea el camino más fácil, pero estoy segura de que es el más necesario y revelador al que podemos acercarnos.

Informarse, reconocerse, re pensarse, compartirse, identificar nuestros miedos, nuestras inquietudes, cuestionar las certezas, multiplicar nuevas formas de sabernos como humanidad, resulta sin duda una forma más comprometida de existir. Mirarnos, conocer y aceptar lo inexorable del tiempo, e ir transitando los duelos que sugiere la vida. Poner en valor nuestros potenciales en cada etapa de la vida y sus respectivos cambios. Sin duda pertenecemos a un sistema absolutamente atravesado por infinidad de intereses, ideologías, injusticias, desigualdades. etc. Pero creo y lucho por seguir multiplicando la única certeza que me acompaña desde que tengo uso de razón; aún aceptando y transitando lo doloroso o banal que atrae la vida, es posible vivir un poco mejor. Todas las personas estamos envejeciendo, la vejez es inminente. Alcemos la voz y tomemos protagonismo social, es también nuestro derecho. Y desde donde sea que estemos, hagamos de ese momento de la vida, una etapa llevada con conciencia, con autonomía, y colmada de placer y deseo. Y como dice Anna Freixas en su libro “Yo Vieja”: *si acaso eso no sucediera, que esa decisión suene más a libertad que a desidia.*

Muchas gracias.